La escalera que dejó de ser un atajo

Relato original · Shyvirelle

Desde la calle de abajo, la escalera parecía una costura de piedra entre las casas. Tenía dos descansos, una baranda pintada de verde y, justo a la mitad, un peldaño más ancho donde Tomás y Julián se encontraban los miércoles.

No hacían planes. Tomás subía desde su taller con una olla pequeña; Julián bajaba desde la calle alta con dos platos y una bolsa de pan. Comían sentados en el descanso, con la olla entre los dos. Hablaban de los clientes del taller, de la humedad que levantaba las baldosas y de los tomates que Julián intentaba cultivar en una ventana.

El primer miércoles de noviembre encontraron la escalera cercada. Una malla cerraba los dos extremos y una nota municipal anunciaba reparaciones. Por encima se veían los peldaños vacíos, como si alguien hubiera recogido la mitad de su camino.

—Podemos dejarlo para la semana que viene —dijo Julián.

Tomás miró la olla que llevaba en la mano.

—Ya está hecha. Voy por la vuelta larga.

La vuelta larga comenzaba junto al mercado, seguía por una calle de talleres y subía hasta la avenida. Tomás llegó cuando el pan se había enfriado. Julián lo esperaba en la puerta de su casa. Comieron allí, de pie primero, después en la cocina.

A la semana siguiente, Tomás volvió con lentejas y un tarro de encurtidos. Habló de un perro que dormía bajo la persiana del taller. No mencionó el camino. Julián tampoco. Era cómodo abrir la puerta y encontrar la comida hecha, todavía tibia, como antes era cómodo bajar seis tramos y no pensar en los que su hermano había subido.

El tercer miércoles llovió. Tomás apareció con la bufanda mojada, sostuvo la olla en alto para que Julián la tomara y necesitó un momento antes de terminar una frase. Julián lo oyó respirar detrás de una broma sobre las zanahorias.

—Te has quedado sin aire.

—Se me ha quedado en el mercado. Mañana pregunto si lo han encontrado.

Julián sonrió por costumbre. Luego vio el barro fino pegado a los bordes de los zapatos de su hermano y el paño húmedo con que había rodeado la tapa. Le ofreció una silla. Tomás se sentó de inmediato, un gesto que nunca hacía.

Durante la cena, Julián quiso saber cuánto tardaba en dar la vuelta. Tomás intentó quitarle importancia: había descubierto una frutería, decía, y una pared donde alguien pintaba siempre el mismo gato. Al final admitió que la subida se le estaba haciendo pesada cuando cargaba la olla.

—Entonces cocino yo el próximo miércoles —dijo Julián.

—Tú no sabes hacer esas lentejas.

—Eso es cierto. Por eso quiero que me enseñes.

Tomás buscó en el plato una respuesta. Levantó una lenteja con la punta del tenedor.

—Hay que dejarlas en remojo. Lo demás es tener paciencia con la cebolla.

El sábado llegó sin olla. Sobre la mesa de Julián colocó dos cebollas, zanahorias, un puñado de lentejas y una hoja de laurel. Julián preparó una tabla para cortar. Tomás quiso tomar el cuchillo, pero Julián lo detuvo.

—Si lo haces tú, el miércoles vuelvo a no saber.

Picaron despacio. Julián dejó la cebolla demasiado gruesa, echó agua antes de tiempo y preguntó dos veces cuánto debía durar el hervor. Tomás le mostró la diferencia entre una lenteja que aún resistía y otra que podía partirse con el canto de la cuchara. No consultaron el reloj hasta que el pan estuvo en la mesa.

Al despedirse, Tomás fue a buscar su abrigo. Julián le entregó una parte de las lentejas en un recipiente cerrado.

—Para mañana —dijo.

El miércoles siguiente, Tomás oyó llamar a su puerta poco después de mediodía. Al abrir encontró a Julián con la olla envuelta en un paño y una mancha de caldo en la manga. Estaba colorado por el esfuerzo. Antes de darle paso, Tomás lo hizo sentar en el banco del recibidor.

—No sabía que la avenida tuviera tanta cuesta —dijo Julián, riéndose entre respiraciones.

—Yo sí.

Comieron junto a la ventana del taller, entre cajas de tornillos y una planta que sobrevivía en una taza. Las lentejas estaban un poco espesas, pero Tomás no las corrigió. Julián sacó de su bolsillo la lista de compras que habían escrito el sábado, llena de manchas de aceite.

—La próxima vez pruebo con más agua.

—La próxima vez —dijo Tomás— hacemos otra cosa.

No hablaron de dividir las visitas ni de fijar un calendario. Cuando recogieron los platos, Julián lavó la olla y Tomás guardó el pan. Al salir, Julián miró hacia arriba, donde quedaba la escalera cerrada. No sabía cuándo volverían a abrirla. Ya sabía, en cambio, cómo llegar desde su casa con la olla y quién lo esperaba para comer.